

Ni testigas ni modestas: escritura feminista para la investigación feminista

Virginia Tatiana Abello (Universidad Nacional de Río Cuarto)

María del Carmen Novo (Universidad Nacional de Río Cuarto)

Lucrecia Boni (Universidad Nacional de Río Cuarto)

Ni testigas ni modestas, nosotras hoy queremos hablar en esta mesa de Metodologías Feministas sobre cómo decimos y nos decimos las mujeres al comunicar nuestras investigaciones. Las tres venimos del campo de las Letras y cruzamos nuestros caminos en una misma institución, la Universidad Nacional de Río Cuarto, en el sur de Córdoba, Argentina. En el sur del sur y tierra adentro. Pertenece a generaciones distintas y varían nuestras trayectorias y certezas, pero un mismo interrogante nos une y es el que impulsa esta pesquisa: ¿cómo seguimos escribiendo en la academia con el deseo feminista de otra ciencia y otros mundos posibles?

En algún momento previo a nuestras investigaciones hemos ido tomando conciencia de una situación incómoda, algo parecida a lo que relata la socióloga Dorothy Smith (2012) en uno de los textos pioneros de la teoría feminista del Punto de Vista. Ella cuenta cómo, al tomar contacto con el movimiento de mujeres y observar la importancia de la experiencia para generar conocimientos en estos círculos, decide mirarse a sí misma y desde allí hacer sociología. Encuentra que es una mujer escindida en dos mundos diferentes: por un lado, el mundo doméstico (que implica en su caso ser madre sola de dos niños pequeños, atender su casa, cuidar sus mascotas) y, por otro, el mundo de la academia (para ella, significa preparar clases, escribir artículos, asistir a reuniones). No lograba combinar las dos subjetividades que correspondían a cada uno de estos dos mundos. Observó que lo local y lo corporal estaban excluidos del trabajo en la academia, no así del trabajo del hogar, y decidió abordar el primero desde la subjetividad del segundo, desde su posición como mujer. Empezó a ver cosas que antes no había visto, en particular, ciertas relaciones de dominación. Dice la autora: “Practicar la personificación

(embodiment¹) en el terreno de lo despersonalizado de esas relaciones, las hace visibles” (p. 13).

También sentíamos algo así en nuestra tarea diaria como estudiantes, docentes o investigadoras en la universidad. Nos encontrábamos escindidas entre las propuestas epistemológicas de los feminismos que leíamos y discutíamos y las formas despersonalizadas del escribir académico que, se suponía, debíamos emplear para dar cuenta de lo que pensábamos e investigábamos en ese momento. Se sentía la contradicción y surgía inquietante el deseo de hurgar por las infinitas posibilidades de la lengua para hallar esa forma divergente (no tan monstruosa) que dijera de otro modo los contenidos. “Decir de otro modo los contenidos” quizás no dé cuenta de lo que en realidad pensamos que debía empezar a suceder(nos). No es menor la relevancia del uso del lenguaje que elegimos al construir los conocimientos. El lenguaje que empleamos deja entrever las concepciones que sostenemos (con mayor o menor conciencia) del hacer epistémico, de la validez de los saberes y de quiénes son capaces de generarlos. Había que pensarlo.

“Ni testigas ni modestas”. La frase que titula esta ponencia surge como consigna de lucha frente a la tecnología de escritura del *testigo modesto* que describe Donna Haraway (2021) en uno de sus últimos libros. Uno de los principales cuestionamientos que las epistemologías feministas realizan a la forma moderna de concebir la ciencia es la creencia en una verdad única, universal y objetiva que los científicos² logran develar gracias a su trabajo basado en el método. Es por ello que son *testigos* de la emergencia de los fenómenos y *modestos* porque pretenden dejar de lado su subjetividad, sus particularidades históricas, sus emociones, sus intereses, en pos de la manifestación objetiva del conocimiento, de *la* verdad.

Frente a esto, Haraway (1993) propone la existencia de múltiples saberes situados y la posibilidad de verdades parciales, nunca totales. La autora afirma que lo más aproximado que podemos lograr a una verdad cuasi universal es la suma de estas verdades parciales puestas en diálogo. Por eso es tan importante quién emite los enunciados del saber, cuál es el ojo que mira los hechos del mundo, quién habla y/o desde qué lugar lo hace. Esa explicitación contribuirá a la objetividad del enunciado, afirma Sandra Harding (1998). Por eso es que, dentro de la indagación por una escritura feminista para una investigación feminista, nos interesa particularmente la forma de construir en el discurso científico una figura autoral situada,

¹ Otras traducciones de este término aparecen en distintos textos como “corporización” o “encarnadura”.

² No es inocente aquí el uso del masculino genérico.

corporizada, más precisamente, generizada, es decir, que conlleve marcas de género en su construcción.

Volviendo al *testigo modesto*, Haraway toma el invento de la bomba de vacío de Robert Boyle, conocido como el padre de la química y de la ciencia experimental, como acontecimiento fundante de la ciencia moderna. Boyle jugó un papel crucial en la aparición de tres tecnologías constitutivas de una nueva forma de vida: una *tecnología material* (la mismísima bomba de vacío), una *tecnología social* (el trato que tendrían entre sí los científicos³ y la forma en que se daría el reclamo del conocimiento) y una *tecnología escrituraria* (el modo en que se divulgarían los hechos a testigos no presenciales). Con respecto a esta última tecnología, Haraway dice:

Así, nace artesanalmente la retórica del testigo modesto, una “manera desnuda de escribir”, sencilla, factual, necesaria. Sólo a través de esta escritura desnuda podían salir a la luz los hechos, despojados de toda retórica florida de los autores humanos. Tanto los hechos como los testimonios habitan las privilegiadas zonas de la realidad “objetiva”, gracias a una poderosa tecnología de escritura. (2021, p. 102)

El hombre se auto-invisibiliza para dar testimonio de los hechos del mundo que observa. El enunciador científico de la ciencia experimental parece que hablara desde ningún lugar, se convierte en una categoría no marcada y transforma la subjetividad del científico en *la* objetividad. Se convierte así en el ventrílocuo autorizado del mundo de los objetos. La virtud de la modestia le viene dada por la misma auto-invisibilidad, por no permitir (supuestamente) que sus opiniones y su corporeidad contaminen su discurso. “Las narraciones se vuelven espejos cristalinos, mágicos, sin necesidad de apelar a lo mágico ni a lo trascendental” (2021, pp. 98-99), dice Haraway. En oposición a esta tecnología de escritura, Haraway propone la búsqueda de una forma enunciativa más corporal, más desviada, de mirada menos pretenciosa, que pueda dar cuenta de los múltiples hechos de los mundos de la tecnociencia.

No podemos dejar de mencionar en este punto el valioso aporte de la epistemóloga y metodóloga Sandra Harding (1998) para pensar la posibilidad de una metodología feminista. La autora propone como características de esta metodología la aparición de nuevos recursos empíricos y teóricos (las experiencias de las mujeres⁴), la consideración de nuevos propósitos

³ Nuevamente, no es inocente el uso de este masculino genérico.

⁴ Personalmente, nosotras adherimos a una mirada transfeminista en la que “el” sujeto de los feminismos no son sólo las mujeres, sino la multiplicidad de identidades feminizadas (consideradas inferiores por el sistema patriarcal).

para la ciencia social (estar a favor de las mujeres, ofrecer explicaciones y soluciones para lo que ellas quieren y necesitan) y la emergencia de un nuevo objeto de investigación (situar a la investigadora en el mismo plano crítico que el objeto explícito de estudio). Al considerar este último rasgo, que Harding denomina “reflexividad de la ciencia social” (p. 26), se hace evidente que no es posible sostener una figura enunciativa auto-invisibilizada y aparentemente neutral y universal. Los rasgos de quien investiga, sus intereses, sus necesidades, su raza, clase, género, características culturales y sobre todo la manera como ellos/ellas/ellxs sospechan que todo eso ha influido en la investigación forman parte del análisis junto con lo que pueda decirse del objeto explícito de la investigación. Es por esto que nos resulta coherente pensar en una figura autoral situada que dé cuenta en la escritura de quién está hablando.

Explicitar quién está hablando en un texto académico es contribuir a la objetividad, así como la considera esta autora. “La introducción de este elemento “subjetivo” al análisis incrementa de hecho la objetividad de la investigación, al tiempo que disminuye el “objetivismo” que tiende a ocultar este tipo de evidencia al público” (p. 26), afirma Harding. En otro de sus textos, la autora distingue entre *objetividad débil* y *objetividad fuerte*, siendo la primera la perspectiva objetivista que presume de abandonar todo rasgo subjetivo en pos de atestiguar los hechos del mundo y la segunda este tipo de objetividad que explicita el lugar desde donde se enuncian los conocimientos. (Harding, 2004)

Así como Harding, la filósofa mexicana Eli Bartra (2010) coincide en señalar que el sexo de quien investiga condiciona todo el proceso de investigación y que su consideración es importante desde un punto de vista epistemológico y metodológico. Esto no quiere decir que si quienes investigan son mujeres llevarán adelante siempre lo que ella describe como “investigación feminista”. Es necesario que se adopte el Punto de vista feminista, que Bartra considera como toda una metodología en sí misma, ya que implica reconocer otras preguntas como relevantes, abordar otras porciones de la realidad, justificar explicitando el interés político de estar a favor de las mujeres y responder desde la concepción de mundo que sostiene la teoría feminista. Se pregunta en uno de sus trabajos dónde está lo feminista del método de investigación feminista y distingue para esto tres fases de toda investigación: la *fase investigadora*, la *fase de sistematización* y la *fase expositiva*. En las tres reconoce propiedades de un hacer investigativo feminista. Con respecto a la *fase expositiva*, dice:

Cuando se procede a comunicar el resultado de una investigación se han realizado esfuerzos por romper con las formas tradicionales del discurso masculino que, por

ejemplo, antes usaba siempre el plural mayestático. Para éste, la exposición de resultados debe ser objetiva, seria, impersonal, fría, distante. Para cierto Punto de vista feminista lo objetivo no está divorciado de lo subjetivo y lo personal; el discurso puede ser claro, sencillo, directo, personal y objetivo al mismo tiempo; a menudo se escribe en primera persona y la seriedad no implica que no se pueda escribir en un lenguaje metafórico, a veces incluso irónico dado que es una forma que las mujeres suelen usar con frecuencia, y lo más estético que se logre. (2010, p. 72)

Desde nuestra formación en el campo del lenguaje y las letras, consideramos que las decisiones en torno a cómo escribir el conocimiento no se reducen sólo al momento de exponer los resultados, como dice esta autora, sino que afectan a todo el proceso de construcción del conocimiento. El giro lingüístico ha puesto el foco en el lenguaje y en su intervención en nuestras formas de vida y en la construcción de imágenes del mundo, por lo que las decisiones retóricas en el ámbito científico pueden ser verdaderas apuestas metodológicas a la vez que políticas feministas de escritura. Aun así, consideramos valiosísima la observación que la filósofa hace sobre la escritura que surge a partir de las investigaciones feministas: se busca fisurar el discurso científico tradicional, distante e impersonal que se corresponde con un modo de decir masculino y androcéntrico. Entonces se da lugar a una escritura más personal, que emplea la primera persona gramatical y no busca liberarse de la supuesta *contaminación* del lenguaje metafórico y estético.

La necesidad de escribir en primera persona gramatical aparece también en la activista del feminismo negro Patricia Hill Collins. Esta socióloga y teórica feminista fue una de las primeras en plantear la necesidad de un feminismo interseccional, que considera el cruce de distintas opresiones por razones de raza, clase, género, entre otras, y una de las más acérrimas defensoras de la experiencia como una forma de acceso al conocimiento de gran valor. En el texto “La política feminista del pensamiento negro” (1990) propone la recuperación de la tradición intelectual de este pensamiento empezando por la deconstrucción misma del concepto *intelectual* para que abarque, entre otras cosas, a aquellas mujeres afronorteamericanas que pertenecen a instituciones u organizaciones diferentes al espacio académico y que recuperan e interpretan experiencias e ideas de mujeres negras, pero que tradicionalmente no son tomadas como académicas.

Las intelectuales negras crean el pensamiento feminista negro al emplear sus propias experiencias como conocedoras situadas para expresar el punto de vista de las mujeres negras.

Dice Hill Collins:

El adoptar esta premisa epistemológica me ha exigido rechazar los pronombres *ellas* y *su* a la hora de describir a las mujeres negras y nuestras ideas y reemplazarlos con *nosotras, nos* y *nuestra*. El emplear las expresiones más distantes *ella* y *su* para describir a mi propio grupo y nuestras experiencias podía mejorar mis credenciales como académica y aumentar la credibilidad de mis argumentos en algunos medios académicos. Pero al asumir esta postura epistemológica que refleja mi formación profesional como socióloga, apelo a normas de certificación de la verdad ante las que sigo sintiéndome ambivalente.

En cambio, al identificar mi posición de participante y observadora de mi propia comunidad, corro el riesgo de verme desacreditada por ser demasiado subjetiva y por lo tanto menos académica. (1990, p. 12)

Dicho de otro modo, lo que expresa la autora en el fragmento citado hace referencia a la decisión retórica de elegir entre una construcción autoral impersonal, distanciada, auto-invisibilizante, o una construcción autoral en primera persona, situada, auto-identificada. La primera elección, la del *testigo modesto*, es la que asegura la credibilidad en la mayoría de los contextos académicos. La segunda opción, como explica la autora, significa el riesgo a la desacreditación por no entrar en los cánones tradicionales de escritura científica. Para correr el riesgo, se ve obligada a explicar y fundamentar desde la postura epistemológica en la que se para. Nos preguntamos, junto con ella: ¿cómo evadirnos de la primera persona gramatical si hablamos y construimos conocimiento desde nuestra propia experiencia personal?

Es por estas discusiones que nos interesa indagar acerca de la posibilidad, dentro del discurso académico, de una construcción autoral que explicita la identidad de género de quien escribe e investiga. Específicamente nos preguntamos si las académicas que realizan investigaciones feministas en la actualidad se inscriben en sus textos como investigadoras mujeres y, si lo hacen, a través de qué mecanismos logran resistir o construir alternativas ante la tecnología del *testigo modesto* que todavía, en parte, caracteriza a la escritura científica. También resulta interesante explorar si en los últimos años nuestras prácticas escriturarias en la academia se han ido transformando y si estamos en un proceso de desplazamiento de la heterodesignación a la

autodesignación, en palabras de Diana Maffía (2010), es decir, si se han producido cambios cualitativos y/o cuantitativos en la forma en que las académicas nos marcamos como mujeres con agencia epistémica en nuestros discursos.

Tomamos como antecedente una investigación previa de una de nosotras (Abello, 2021) en la que se rastrean marcas de género en la construcción autoral de 80 artículos escritos por mujeres y publicados en revistas argentinas especializadas en letras y humanidades durante el año 2020. El relevamiento evidenció que en 54 de los 80 artículos aparecían estas marcas, lo cual a simple vista representaba un número bastante considerable de académicas que se marcaban en femenino en sus textos. Pero fue necesario distinguir entre dos tipos de procedimientos bien diferentes para el uso de estas marcas. Por un lado, 44 de los 54 artículos con marcas empleaban *procedimientos de menor riesgo* para introducirlas: lo hacían usando la tercera persona gramatical y en las notas al pie. Por otro lado, sólo 10 de los 54 artículos (un 12,5% del total del corpus) empleaban *procedimientos de mayor riesgo* para construir una figura autoral marcada en femenino: esto es, lo hacían utilizando la primera persona gramatical, en el cuerpo del texto y a través de formas inesperadas, llamativas, que provocan una *interruccion*⁵ en la lectura, al decir de val flores (2017). Son estos procedimientos (los menos usados) los que conforman una verdadera política de escritura académica feminista y su empleo se denomina en la investigación citada con la categoría de *yo como autora*.

...me referiré a la construcción de una “yo como autora” cuando se empleen procedimientos de alto riesgo en el empleo de marcas de género para construir una identidad autoral femenina, es decir, estrategias en primera persona gramatical y disruptivas, transgresoras, que llegan al límite de lo escribible. (Abello, 2021, p. 92)

Para esta ocasión, conformamos un corpus de artículos de académicas argentinas que realizan investigaciones feministas para observar si construyen un *yo como autora* y cómo lo hacen. Al igual que en la investigación citada como antecedente, elegimos el género discursivo artículo o *paper* por su centralidad en el funcionamiento de la comunidad científica y porque constituye una verdadera institución discursiva. En palabras de Dominique Maingueneau (2002), se trata de:

⁵ “...práctica política de desmontar las convenciones de lo escuchable. indisciplina de un saber que irrumpe en las coordenadas de un corpus hegemónico del conocimiento. (...) deseo de molestar todo universo jerárquico de creencias” (flores, 2017, p. 3) [sic]

...dispositivos de comunicación verbal institucionalizados [que] permiten que esas comunidades se constituyan como tales: los géneros discursivos específicos de esas instituciones no surgen como un “suplemento” que expresaría de la manera más apropiada los contenidos de pensamiento preexistentes de agentes ya constituidos; son a la vez el producto de esos agentes y la condición de su identidad. (p. 1)

Además, nos interesa observar si se han producido cambios en los últimos años en la forma en que las autoras se inscriben como mujeres en sus textos. Por esto, el corpus se conforma de artículos publicados en dos momentos distintos. Para conformar la serie A (2020), seleccionamos siete artículos publicados en un dossier específico de feminismos titulado “Feminismos latinoamericanos: trayectorias, junturas, tensiones y aperturas”, de la Revista Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas. Para conformar la serie B (2010-2015), rastreamos artículos producidos por las mismas autoras analizadas en la serie A, pero publicados entre 2010 y 2015, y nos quedamos con siete artículos aparecidos en distintas revistas, pero que en todos los casos comentan los resultados de investigaciones cuyo marco teórico y metodología son feministas. Tomamos el 2015 como punto de inflexión histórica en la transformación de representaciones y fronteras sobre los géneros, tanto en el orden de lo material como de lo simbólico, proceso que se inauguró con el Ni Una Menos argentino y continuó con el Paro Internacional de Mujeres del 8M, con la sanción de leyes inclusivas como la de Identidad de Género, con numerosos reclamos y movilizaciones a favor de mujeres y disidencias y con discusiones feroces por el denominado lenguaje inclusivo.

Cuando nos referimos a que los artículos desarrollan investigaciones feministas lo hacemos considerando tres aspectos: la trayectoria de las académicas, los marcos teórico-metodológicos empleados y los objetos de investigación elegidos. En primer lugar, como ya dijimos, los artículos están escritos por las mismas autoras, las cuales comparten algunos rasgos dentro de su trayectoria académica. Su formación de base es en el ámbito de las Ciencias sociales y Humanas (Sociología, Comunicación, Historia, Letras), se han especializado en estudios de género, pertenecen a CONICET y radican su trabajo de docencia e investigación en distintas universidades del país (UBA, UNC, Cuyo, La Plata). Varias de ellas comparten una formación en feminismos descoloniales y participan en distintos institutos y centros dedicados a los estudios de género, como así también en distintos espacios de militancia feminista.

En segundo lugar, en los artículos de ambas series las autoras emplean marcos teóricos y epistemológicos feministas. Esto se expresa tanto en las categorías empleadas, pertenecientes

o resignificadas por los estudios de género, epistemologías feministas y teorías *queer*; como en las voces que invitan a dialogar con ellas en sus textos legitimándolas de este modo como autoridades del saber (Donna Haraway, Dorothy Smith, Paul B. Preciado, Rita Segato, Dora Barrancos, Sandra Harding, Simone de Beauvoir, entre otras). En tercer lugar, los artículos de las dos series estudian temáticas referidas al género y a los feminismos desde diferentes perspectivas disciplinares (análisis del discurso y estudios del lenguaje, historia, comunicación, epistemología). La mayoría de ellos muestran, e incluso varios tematizan, una clara preocupación por la relevancia del lenguaje en la construcción de identidades.

Comenzaremos hablando de las formas en que, entre 2010 y 2015, las investigadoras feministas se inscribían en tanto mujeres en sus textos académicos. En líneas generales, diremos que, a pesar de que en este conjunto de artículos es posible encontrar expresiones que revelan una clara conciencia de las autoras respecto de la fuerza del lenguaje en relación con la construcción identitaria de las mujeres, esto no alcanza a las formas en que se dicen ellas mismas en tanto investigadoras. No hemos observado en estos artículos procedimientos de alto riesgo para construir una figura autoral en femenino, es decir, marcas de género femenino en la construcción autoral en primera persona gramatical y en el cuerpo del texto.

El siguiente fragmento que citamos nos interesa porque ejemplifica justamente lo que la autora denuncia con su propia práctica de escritura de la cual se coloca afuera:

Bajo este orden social, las relaciones que se establecen están regladas y mediadas por un lenguaje que lleva a las mujeres a una relación extraña a ellas mismas, a una manera de hablar que sitúa a la que habla en un lugar fuera de y ajeno a ella, en el cual se convierte en un medio y un objeto. Esta relación extraña entre las mujeres y el mundo es lo que la autora denomina el lenguaje del opresor. (Fernández Hasan, 2012, p. 66)

En casos como este, observamos una especie de autocontradicción performativa entre lo que dicen y lo que hacen al decir. Se asemeja a la situación que relata Hill Collins con respecto a la decisión retórica de emplear los pronombres *ellas* y *su* (en tercera persona) para hablar de las mujeres o tomar el riesgo de usar *nosotras*, *nuestra*, *mi* (en primera persona). Sin embargo, hay indicios que permiten detectar una cierta incomodidad con su propia invisibilización tras el “lenguaje del opresor” y que aparecen esporádicamente, casi de modo excepcional. Veamos un ejemplo:

Por otro lado, consistió en un análisis de agenda, (...) lo que permitió comenzar una tarea de articulación de agenda feminista, agenda de los medios y agenda política donde experiencia de investigadora, experiencia de mujeres y experiencia de grupos subordinados juegan en un cruce donde la objetividad parcial y situada se pone de manifiesto de manera concreta. (Fernández Hasan, 2012, p. 72)

En el ejemplo citado, en el que el sustantivo femenino *investigadora* parece referirse a la autora en tercera persona, la incomodidad retórica podría haberse solucionado de otras formas. Se podría haber optado por evitar la marca de género del sustantivo *investigadora* a través del empleo de una expresión diferente (por ejemplo, se podría haber dicho *la experiencia de investigación*), continuando de ese modo la dinastía del *testigo modesto* y las formas impersonales. O bien, podría haberse elegido una expresión más natural al incluir un artículo o pronombre antepuesto al sustantivo *experiencia*, quizás una marca que reforzara la presencia autoral (por ejemplo, a través de la frase *mi experiencia de investigadora*). Lo que observamos en la construcción citada, la elegida por la autora, es una expresión forzada, incómoda, como una criatura queriéndose escapar de lo que la contiene, sin lograrlo del todo (todavía).

Otra forma en la que se revela esa incomodidad es en el empleo asistemático del desdoblamiento cuando las autoras quieren referirse a sí mismas, manteniendo por un lado la dualidad heteronormativa y por otro ocultando aún la identidad genérica en la que podrían inscribirse, como en el siguiente ejemplo: “En este sentido, tomar el punto de vista de las mujeres significa reconocer que, como investigadoras/es, estamos también ubicadas y ubicados en situaciones que nos llevan a determinadas relaciones con aquellos cuya experiencia intentamos expresar” (Fernández Hasan, 2012, pp. 66-67).

Por último, nos gustaría destacar la fuerte presencia autoral que se observa en estos textos anteriores a 2015 que, si bien no se hace visible en las marcas de género que específicamente buscamos relevar, colabora y establece la atmósfera propicia para que una *yo como autora* pueda emerger. Esta identidad autoral enfáticamente asumida se realiza mediante variados procedimientos⁶:

- Empleo de la primera persona coincidente en número con el número de autoras.
Ejemplo: “Este ejercicio es en gran medida fruto de un intento por *acercarme* a aquello

⁶ Algunos de estos procedimientos son extraídos de Hyland (2005). Él los denomina *resources* y los clasifica en: *hedges, boosters, attitude markers* y *self-mentions*.

que nos fue vedado directamente” (Pita, 2014, p. 386). Destacamos en este ejemplo que el uso de la primera persona coincidente sólo apareció en la conclusión.

- Aparición de auto-referencias. Un ejemplo ya citado es “...donde experiencia de *investigadora*, experiencia de mujeres y experiencia de grupos subordinados...” (Fernández Hasan, 2012, p. 72) en el que *investigadora* refiere a la propia autora.
- Presencia de enfatizadores, es decir, palabras o construcciones que transmiten certeza y compromiso de quien escribe con lo que dice. Ejemplo: “Frente a esta discriminación que ha sufrido y sufre el colectivo trans *debemos entender* que existe de base una cierta naturalización respecto al hombre y la mujer basado en lo biológico” (Guerra Pérez, 2014, s/p). En este caso, el enfatizador *debemos entender* aparece desde la primera persona plural no coincidente.
- Presencia de mitigadores, es decir, formas verbales y adverbiales que ayudan a presentar el conocimiento más como una posibilidad que como una verdad. Ejemplo: “...una pregunta más se me impone ¿y si entendemos...” (Calafell Sala, 2014, p. 59).
- Aparición de marcadores de actitud, o sea, expresiones que marcan una actitud afectiva, como la sorpresa, la frustración, el acuerdo / desacuerdo, etc. Ejemplo: “son especialmente interesantes las contribuciones...” (Gil, 2010, p. 52).
- Empleo de otras expresiones valorativas, incluso, metafóricas. Ejemplo: “...con sus batallas y sus victorias, con la memoria a cuestas, con las pequeñas y grandes derrotas, con las victorias, las miserias, las audacias, los arrojios y la sangre caliente” (Fernández Hasan, 2012, p. 78).

Asimismo, pueden identificarse expresiones que dan cuenta del lugar (social, teórico, ideológico, temporal y hasta geográfico) desde el cual hablan las autoras y que permite advertir el protagonismo asumido y la claridad con que visibilizan las particularidades de la posición desde la que construyen y dicen el conocimiento, evidenciando de este modo la parcialidad de la mirada que reivindica Haraway (1993).

Podemos decir entonces que, en los textos anteriores a 2015, esas marcas que aparecen de manera esporádica, incómoda y tímida, sumadas a la fuerte presencia autoral, dan cuenta del inicio de una transformación en la manera como las autoras se refieren a sí mismas en sus textos. Esta transformación asumirá formas más sistemáticas y audaces en los artículos de la serie más reciente. En la serie de artículos de 2020, las investigadoras continúan construyendo una fuerte presencia autoral en su discurso y además se auto-identifican como mujeres mediante

procedimientos lingüísticos de alto riesgo, en los que el uso de marcas de género femenino en la figura autoral aparece en construcciones que emplean la primera persona gramatical y lo hacen en el cuerpo del texto o en el resumen. Si bien el resumen es un elemento paratextual, en el caso del género discursivo *paper* o artículo, cumple la función específica de ser la vidriera del texto, su carta de presentación, por lo cual lo consideramos como un espacio hiper-riesgoso para desafiar la tradición, aún más que el cuerpo del texto.

Una de las estrategias empleadas en uno de los textos publicados en 2020 es el uso de la expresión *las autoras (de este texto / del presente texto)* en concordancia con la primera persona plural coincidente y no en tercera persona como es recurrente (y ya naturalizado) en el discurso académico. Un ejemplo puede ser: “...teniendo en cuenta las distintas líneas de acción y de trabajo que las autoras hemos recorrido en torno al tema en el campo de la comunicación...” (Gil y Morales, 2020, pp. 1-2). El ejemplo citado implica un alto riesgo en al menos dos sentidos. En primer lugar, porque la construcción sustantiva que marca el género de quienes escriben hubiera sido fácilmente omisible mediante el uso del sujeto tácito, tan habitual en nuestra lengua. En segundo lugar, porque esta estrategia se emplea no sólo en el cuerpo de texto sino también en el resumen que, como ya dijimos, es un espacio de alta exposición, ya que sobre él se aplican rigurosos procedimientos de exclusión en el orden del discurso académico.

Otra estrategia que evidencia una transformación en la forma de inscribirse las autoras en su texto es la utilización del pronombre *nosotras* en casos de autoría colectiva. Al igual que en el caso anterior, la fuerza de este procedimiento reside en que el empleo del pronombre o construcción sustantiva en la función sujeto de la oración no es necesario en nuestra lengua, sino que se trata de un uso marcado. En español, expresar el sujeto y, sobre todo, el sujeto femenino, implica un esfuerzo adicional, ya que las formas usuales, que se dan por sentadas, son neutras o masculinas. En los artículos publicados recientemente, encontramos ejemplos del uso del *nosotras* en varias ocasiones: “...nos proponemos establecer las bases para un pensamiento epistémico, no solo entre nosotras...” (Calafell Sala, Ruíz y Prato, 2020, p. 1).

Como las temáticas abordadas en estos artículos están vinculadas con los feminismos y las mujeres, otra estrategia que aparece con mucha frecuencia en los artículos de la serie de 2020 es la inclusión de la autora en el colectivo genérico *mujeres* a través de distintos procedimientos lingüísticos. Puede realizarse a través del uso de la primera persona en verbos y pronombres de modo que implique una inclusión en el colectivo al cual hace referencia. Por ejemplo, dicen Gil y Morales: “las mujeres *ganamos* menos que los varones por igual trabajo” (2020, p. 4). Esto

se corresponde con una de las características mencionadas de la epistemología y la metodología feministas: la ubicación en un mismo plano de quien investiga y de las mujeres acerca de las cuales discurre la investigación, "objeto" que ya no se presenta objetualizado como ocurre incluso todavía en las investigaciones sociales de corte empírico analítico. "Al pensar a las otras nos pensamos, nos escribimos, nos permitimos (por afirmación o negación)", alegan Paula Caldo y Agustina Mosso (2020, p. 115), dando cuenta de los efectos reflexivos que conlleva una investigación feminista.

Como ya vimos, en los textos previos a 2015, las mujeres son tomadas como el objeto de estudio sobre el cual se habla, como si no pertenecieran al mismo colectivo del que forman parte las investigadoras. La distancia entre sujeto y objeto es manifestada en el lenguaje mediante la tercera persona. Por ejemplo, leíamos en los artículos de la serie 2010-2015: "las mujeres quedan siempre alejadas de los lugares de poder, trabajan más y ganan menos" (Gil, 2010, p. 56). Este fragmento pertenece a una investigación de la misma autora que citamos más arriba, escrito diez años antes. Como vemos, aunque el dato referido coincide en ambas investigaciones, en la de 2010 la autora se ubica por fuera del colectivo mientras que se incluye en un "nosotras, las mujeres" en el artículo de 2020.

Nos llama la atención que esta evasiva a incluirse en el colectivo genérico *mujeres* no se da, en los artículos de la serie de antes de 2015, cuando se trata de colectivos que no especifican género, como "sociedad", "pueblo", "humanidad" o en los que adoptan el masculino genérico. En el siguiente ejemplo, vemos cómo se emplea la primera persona gramatical en el pronombre posesivo *nuestro* para incluirse en el colectivo de "sujetos sociales" y el pronombre personal *nos* para incluirse como "sujetos susceptibles de decir(se)":

...se podría afirmar que este hibridismo identitario es el punto de sutura, la articulación temporal entre las prácticas discursivas que nos inter(a)pelan, nos hablan o nos recolocan en nuestro lugar como sujetos sociales, y los factores constitutivos de una subjetividad, es decir, todos aquellos procesos que nos construyen como sujetos susceptibles de decir(se). (Calafell, 2014, p. 54)

También reconocemos, en la serie más reciente, como estrategia de alto riesgo para la construcción de una *yo como autora* la mención de títulos y cargos e incluso cualidades personales y hasta el nombre propio en el cuerpo del texto y en primera persona gramatical. Por ejemplo: "Es imposible desconocer cómo hemos crecido y cómo nos hemos fortalecido como

historiadoras de las mujeres, como investigadoras en la perspectiva de género” (Pita, 2020, p. 7). Otro ejemplo: “Soy Profesora y Doctora en Historia...” (Queirolo, 2020, p. 1). Repetimos que las frases citadas aparecen en el cuerpo del texto, no en nota al pie.

En estos segmentos puestos como ejemplos, reconocemos el énfasis que implica la asunción de marcas de género en la mención de datos de la trayectoria de las agentes para construir su competencia enunciativa en tanto autoras. En esta misma dirección y con la intención de construir además una posición enunciativa situada, se combinan junto con la marca de género otras marcas que dan cuenta de una conciencia interseccional de enunciación. Miremos este ejemplo: “Lo hacemos situándonos en nuestras identidades de mujeres cis de clase media del interior, profesionales, trabajadoras y cuidadoras de otrxs en nuestras historias de vida personales. También (...) como mujeres que caminamos junto a otras en este gran movimiento actual...” (Calafell Sala, Ruiz y Prato, 2020, p. 23). A diferencia de lo que ocurre en el ejemplo citado de 2020, en la serie anterior a 2015, aunque se explicita muchas veces la posición situada, se invisibiliza la condición de género. En este caso, por ejemplo, una de las autoras se refiere a sí misma utilizando en plural el masculino genérico: “Situados en la tradición dialéctico-crítica del pensamiento social (...) abordamos los fenómenos sociales desde su dimensión comunicacional” (Morales Monguillot, 2013, p. 4).

Las observaciones sobre las formas de escritura académica más actuales que emplean las académicas para inscribirse como mujeres en sus textos echan luz sobre los vacíos y ataduras retóricas de los años anteriores. Lo que miramos en esta investigación, al comparar estas dos series de artículos, es cómo las mismas autoras han ido encontrando otras opciones de la lengua que se ajustan a sus necesidades identitarias, políticas, epistemológicas. Lo que denominamos como la elección de una *yo como autora* en textos académicos es una decisión retórica que hace corresponder formas lingüísticas con supuestos epistemológicos y orientaciones metodológicas que sustentan las investigaciones feministas. Al igual que las académicas estudiadas, nosotras también estamos buscando formas que nos contengan, que nos digan, así como nosotras queremos ser dichas. Ni testigas ni modestas, repetimos, porque no nos consideramos oráculo único del mundo ni creemos que el ocultamiento tras una máscara de supuesta modestia contribuya un ápice a la objetividad fuerte en la construcción de conocimientos. Somos mujeres junto a otras mujeres, situadas y posicionadas, tejiendo saberes parciales a través de la palabra, diseñando nuevas tecnologías que hagan posible otra ciencia, otros mundos.

Referencias bibliográficas

- Abello, Virginia Tatiana (2021). Marcas de género en la construcción autoral de las académicas. Hacia una “yo como autora”. *Traslaciones. Revista Latinoamericana De Lectura Y Escritura*, 8(16), 76–97. <https://doi.org/10.48162/rev.5.052>
- Bartra, Eli (2010). Acerca de la investigación y la metodología feminista. En Blazquez Graf, N., Flores Palacios, F. y Ríos Everardo, M. (Comps.), *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 67-77). Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM.
- Caldo, Paula y Mosso, Agustina (2020). En nuestra(s) cabeza(s) “de-formadas”, mujer(es): ¿sujetas u objetos de estudio? En Mariana Alvarado (ed.), *Feminismos del Sur. Recorridos, itinerarios, junturas*. Prometeo.
- flores, valeria (2017). *Interrucciones. Ensayos de poética activista. Escritura, política, pedagogía*. Editorial Asentamiento Fernseh.
- Haraway, Donna (1993). Saberes situados: el problema de la ciencia en el feminismo y el privilegio de una perspectiva parcial. En M. Cangiano y L. Du Bois (comps.), *De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales*. Centro Editor de América Latina.
- _____ (2021). *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio.HombreHembra©_Conoce_Oncorata©. Feminismo y tecnociencia*. Rara Avis Editorial.
- Harding, Sandra (1998). ¿Existe un método feminista? En E. Bartra (Comp.), *Debates en torno a una metodología feminista* (pp. 9-34). Universidad Autónoma Metropolitana.
- _____ (2004). Rethinking Standpoint Epistemology: What is ‘strong objectivity’? En S. Harding (Ed.), *The Feminist Standpoint Theory Reader. Intellectual and Political Controversies*. Routledge.
- Hill Collins, Patricia [1990]. *La política del pensamiento negro*. Traducción de Leticia Tatinclaux. <https://es.scribd.com/document/360182044/02058095-Collins-La-Politica-Del-Pensamiento-Feminista-Negro>

Hyland, Ken (2005). Stance and engagement: a model of interaction in academic discourse. *Discourse Studies*, 7(2), 173–192.

Maffía, Diana (2010). Violencia, justicia y lenguaje. Segundas Jornadas de Asistencia a la Víctima. Auditorio de la Facultad de Derecho UBA.
<http://dianamaffia.com.ar/archivos/Violencia-Justicia-y-lenguaje.pdf>

Maingueneau, Dominique (2002). *Discours de savoir, communautés de savants*. En Konrad Ehlich (Hg.), *Mehrsprachige Wissenschaft – europäische Perspektiven*. Disponible en:
<http://www.euro-sprachenjahr.de/Maingueneau.pdf>

Smith, Dorothy (2012). El punto de vista (standpoint) de las mujeres: Conocimiento encarnado versus relaciones de dominación. *Temas de Mujeres, Revista del CEHIM*, 8(8), 5-27.

Corpus de artículos analizados

Serie A

Calafell Sala, Nuria, Ruiz, María Emilia, Prato, Valeria (2020). Trayectoria y hallazgos de la Red de Sostenes (Unquillo, Córdoba, Argentina): cuando las mujeres se entraman. *Dossier: Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas- Revista en línea del Grupo de Investigación de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 22, 1-14.

Fernández Hasan, Valeria (2020). Activismo y academia: la conversación feminista. *Dossier: Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas- Revista en línea del Grupo de Investigación de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 22, 1-13.

Gil, Ana Soledad y Morales, Paula (2020). Tensiones y posiciones respecto de los usos del lenguaje: una batalla no solo cultural. *Dossier: Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas- Revista en línea del Grupo de Investigación de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 22, 1-15.

Guerra Pérez, Mariana (2020). Voces desde el sur: a propósito de una política. *Dossier: Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas- Revista en línea del Grupo de Investigación de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 22, 1-18.

Martínez Espínola, María Victoria (2020). Perspectivas feministas en/de/desde América Latina. Notas para pensar genealogías. *Dossier: Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas- Revista en línea del Grupo de Investigación de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 22, 1-21.

Pita, Valeria Silvina (2020). Mirando hacia atrás... La colección de Historia de las Mujeres en Argentina: una aventura colectiva a finales del siglo XX. *Dossier: Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas- Revista en línea del Grupo de Investigación de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 22, 1-9.

Queirolo, Graciela (2020). Mujeres, Historias y Feminismos. Reflexiones desde Argentina y Chile. *Dossier: Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas- Revista en línea del Grupo de Investigación de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, 22, 1-10.

Serie B

Calafell Sala, Nuria (2014). Relato de un cuerpo en conflicto XXY de Lucía Puenzo. *Revista Letral*, 13, 54-62.

Fernandez Hasan, Valeria (2012). Un acercamiento a la experiencia en clave feminista. Prácticas y usos estratégicos de la Red. *Temas de Comunicación*, 24, 62-78.

Gil, Ana Soledad (2010). Género y posicionamiento político editorial en los medios de comunicación hegemónicos. *Revista Estudios Culturales*, 6, 47-62.

Guerra Pérez, Mariana (2014). Una aproximación sobre la performatividad de la Ley de Identidad de Género. *Género y sociedad: voces, cuerpos y derechos en disputa*, <http://conferencias.unc.edu.ar/index.php/gyc/3gyc/paper/viewFile/2573/675>» (1 de agosto de 2020).

Morales Monguillot, Paula (2013). Preocupaciones retóricas y políticas. Un abordaje sobre la categoría Violencia Mediática de Género desde dos legislaciones vigentes. *AVATARES de la comunicación y la cultura*, 5, 1-14.

Pita, Valeria Silvina (2014). De negociaciones cotidianas y de posibilidades históricas: una aproximación a los intercambios entre médicos y trabajadoras. Buenos Aires, 1870-1940. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 19(2), 365-390.



VIII Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales
Desigualdades, territorios y fronteras:
Desafíos metodológicos para su abordaje en América Latina

Queirolo, Graciela (2013). Género y sexualidad en tiempos de males venéreos (Buenos Aires, 1920-1940). *Revista Nomadías*, 17, 67-87.